

menos de notar que su padre se había vestido con gran esmero, y que su modo de conducirse con la señora General tenía algo de extraño; en cuanto á la dama, sus estudiados modales distinguidos no permitían descubrir en ella nada; pero la niña Dórrit creyó reconocer una ligera expresión de triunfo en los ojos vidriosos de la amable viuda.

El señor Dórrit se aletargó varias veces durante la comida; estos accesos de somnolencia fueron tan súbitos como los de la víspera, é igualmente cortos y profundos; el primero que se produjo pareció causar cierto asombro en la señora General; pero en los que siguieron hizo varias observaciones oportunas, siempre con la digna gravedad que estudiadamente aparentaba.

La última vez que el anciano se despertó, lo primero que hizo, fué decir que estaba penosamente afectado por haber reconocido en Federico síntomas comatosos (advírtase que sólo existían realmente en su propio cerebro;) y después de comer, cuando su hermano se hubo retirado, excusóse con la señora General.

—Crea usted—le dijo,—que es el más apreciable y cariñoso de los hermanos, pero... ¡hem!... me parece hombre muerto. Triste es decirlo, y, sin embargo, no se puede negar que va decayendo por instantes.

—El señor Federico—repuso la viuda,—suele estar siempre muy distraído y anda encorvado, es cierto; mas espero que no se halle aun tan mal como usted dice.

El señor Dórrit, no queriendo que su hermano saliese tan bien parado, replicó al punto:

—Aseguro á usted que decae rápidamente, señora; ya no es más que un resto, una ruina; se va por instantes... ¡hem!... ¡Pobre Federico!

—Supongo que la señora Sparkler seguirá bien—dijo la viuda, cambiando de conversación.

—Está rodeada de cuanto puede seducir los sentidos... ¡hem!... y elevar el espíritu; es feliz, mi querida señora, y puede estar orgullosa... ¡hem!... de su esposo.

La señora General, algo turbada al parecer, pareció rechazar la palabra esposo con sus guantes como una persona cuyo pudor se alarma por el giro que la conversación puede tomar con semejante punto de partida.

—Fanny tiene brillantes cualidades—prosiguió el señor Dórrit...—¡hem!... firmeza, conocimiento de su posición, deseo

de sostenerla... ¡hem!... gracia, hermosura y nobleza natural...

—Es cierto—replicó la viuda con cierta sequedad.

—En medio de estas cualidades—continuó el anciano,—Fanny tiene... ¡hem!... un solo defecto, que me ha inquietado bastante, y llega... ¡hem!... á irritarme á veces; mas este defecto, que espero habrá dejado de existir ya, no tendría en lo futuro consecuencias... ¡hem!... desagradables.

—¿A qué defecto se refiere el señor Dórrit?—repuso la viuda.—No puedo explicarme...

—No diga usted eso, querida señora,—interrumpió el anciano.

La señora General murmuró con voz dulce:

—No puedo explicarme lo que usted entiende por eso.

En este punto de la conversación, el señor Dórrit cayó de nuevo en una especie de letargo, del que despertó muy pronto con espasmódica viveza.

—Aludo, señora General—dijo,—á ese... ¡hem!... espíritu de oposición, y hasta diré... ¡hem!... de envidia, que Fanny ha manifestado algunas veces contra el sentimiento que... ¡hem!... me inspira la dama con quien tengo el honor de hablar en este momento.

—El señor Dórrit es siempre demasiado bueno y bondadoso. Si ha habido ocasiones en que pude figurarme que la señorita Fanny veía con malos ojos la favorable opinión que su padre formaba de mis servicios, siempre hallé en esta opinión, harto lisonjera, un consuelo y una recompensa suficientes.

—¿De sus servicios, señora?—preguntó el anciano.

—Sí, de mis servicios—repitió la dama con tono muy expresivo.

—¿Pero nada más que de sus servicios?, apreciable señora?

—Yo presumo que á esto lo debía todo. ¿A qué otra causa podría atribuirlo?

—A... ¡hem!... su persona, señora General... á su persona y á sus méritos.

—El señor Dórrit—repuso la viuda,—me dispensará si le hago presente, que el sitio y el momento no son los más propios para proseguir una conversación de este género, advirtiéndole también que la señorita se halla en la habitación contigua, donde la veo desde aquí. Le confesaré al mismo tiempo que estoy conmovida, y que hay momentos en que las debilidades á que creía haberme hecho superior, parecen reprodu-

cirse en mí con redoblada energía. Ruego al señor Dórrit que me permita retirarme.

—¡Hem!... tal vez podríamos continuar más tarde esta... interesante conversación... á menos que... pudiera desagradar en algún modo... ¡hem!... á la señora General... mas espero que no será así.

—El señor Dórrit—replicó la viuda bajando los ojos cuando se levantaba para saludar,—tiene siempre derecho á mis atenciones y mi obediencia.

Al pronunciar estas palabras, la señora General se alejó con aire majestuoso, y sin esa agitación vulgar que hubiera sentido en tal momento una mujer menos notable. En cuanto al señor Dórrit, que durante la conversación había manifestado la mayor amabilidad, mezclada de admiración, pareció bastante satisfecho de sí mismo y de su interlocutora. Cuando la dama bajó más tarde para tomar el té, habíase hermoseado con una buena dosis de polvos y pomada; y tampoco olvidó las seducciones morales, mostrando cierto aire de benigna protección con su pupila, y un tierno interés al señor Dórrit... tan tierno como lo permitían las conveniencias sociales. A la hora de retirarse, el señor Dórrit le ofreció su mano, como si fuese á conducirla á la *Piazza del Popolo* para bailar un minué á la luz de la luna, y condújola con mucha solemnidad hasta la puerta, donde acercó á sus labios las falanges de aquella hermosa amiga. Después de despedirse de ella con este beso del género huesoso, ligeramente perfumado de cosmético, dió á su hija una graciosa bendición; y revelados así vagamente los notables proyectos que combinaba en su magín, el señor Dórrit se retiró á descansar.

Al día siguiente no salió de su habitación por la mañana; pero á eso de la una de la tarde encargó á su mayordomo que fuera á saludar en su nombre á la señora General, rogándole que tuviese la bondad de acompañar á su hija á paseo, porque él no podría ir. Amy estaba ya vestida para asistir al banquete de la señora Merdle cuando su padre salió por fin de su habitación; llevaba un traje riquísimo, pero sus arrugadas facciones parecían más envejecidas; y como era fácil adivinar que se enojaría si se le preguntaba por su salud, su hija se contentó con darle un beso antes de salir para dirigirse á casa de la señora Merdle.

La distancia que se debía recorrer no era larga, pero el anciano tuvo tiempo de seguir edificando su castillo en el aire, antes de que el coche franqueara la mitad del camino.

La señora del banquero, engalanada con sus joyas, y de muy buen humor, recibióle con el mayor agasajo; la comida fué exquisita, y en la reunión figuraba lo más escogido de la sociedad.

Los más de los convidados eran ingleses, contándose entre ellos un conde francés y un marqués italiano, ornamentos sociales que siempre se encuentran en ciertas reuniones, y que por lo regular ofrecen el mismo tipo. La mesa era muy larga; y como la niña Dórrit estaba sentada á la sombra de un inmenso par de patillas y de una enorme corbata blanca, perdió de vista á su padre, hasta el momento en que un criado la entregó un pedazo de papel de parte de la señora Merdle, rogándole que lo leyera al punto. La dama había escrito con lápiz lo siguiente:

«Venga usted á decir algo al señor Dórrit, pues me parece que está indispuerto.»

Amy, sin ser apenas notada, avanzaba presurosa hacia la extremidad opuesta de la mesa, cuando su padre, levantándose de pronto y creyendo que su hija estaba en su sitio, gritó:

—¡Amy, Amy, hija mía!

Este llamamiento era tan extraño, prescindiendo de la agitación singular que se manifestaba en la voz del señor Dórrit, que al punto reinó un profundo silencio.

—Amy, hija mía—repitió el anciano,—ve á mirar si es Bob el que está hoy de guardia en la reja.

La niña Dórrit se hallaba junto á su padre y le tocaba; pero el anciano, obstinándose en que aún permanecía en su sitio, volvió á gritar, con las manos apoyadas en la mesa:

—¡Amy, Amy! yo no me siento bien... ¡ah!... No sé lo que tengo; lo que ahora quisiera es ver á Bob... ¡hem!... De todos los carceleros que conocí, él fué el más amigo, tanto tuyo como mío. Ve á mirar si Bob está en la portería y ruégale que venga aquí.

Los convidados, mudos de estupor, se habían levantado todos.

—Querido padre—dijo la niña Dórrit,—no me busque usted con la vista allí abajo; estoy aquí...

—¡Ah! muy bien, Amy... pues entonces llama á Bob; si no está de guardia ni en la portería, dí que vayan á buscarle.

La joven trataba inútilmente de sacar á su padre fuera, pues el anciano se resistía á seguirla.

—Te lo repito, hija mía—dijo el anciano con acento de

enojo,—no podré subir por esta escalera tan angosta si Bob no viene á ayudarme. ¡Ah! envíale á buscar pronto, ó ve tú misma... es el mejor carcelero que tuve.

Al pronunciar estas palabras miró á su alrededor con extrañados ojos, y al ver que le rodeaban muchas personas, dirigióles el siguiente discurso:

—Señores y señoras... mi deber me obliga... ¡hem!... á felicitarles por su llegada. Sean bien venidos á la cárcel de la Mariscalía. Nuestro territorio es un poco... reducido...; el paseo podría ser menos limitado... pero cuanto más tiempo estén ustedes aquí, más grande les parecerá...; y en cuanto al aire, asegúroles que es muy puro, pues la brisa nos llega de... el condado Surrey... Caballeros y señoras, ahí tienen ustedes el café de la prisión... sostenido por medio de subscripciones voluntarias... ¡hem!... por los individuos de la comunidad. Los detenidos en la Mariscalía tienen á bien llamarme su «padre» y los de fuera acostumbra á ofrecer sus respetos al decano. Si largos años de residencia en este sitio me confieren derechos á semejante título, bien puedo reclamar tal distinción. Caballeros y señoras, presento á ustedes á mi hija, que ha nacido aquí.

La niña Dórrit no se ruborizaba por esta confesión; lejos de ello, estaba muy pálida y tenía miedo; su único afán era calmar á su padre y sacarle de allí; apoyada la cabeza sobre el pecho del anciano, mirábale con profunda compasión y á intervalos oíase su voz que le suplicaba saliese de la sala.

—Sí, señores—repitió el anciano vertiendo lágrimas,—aquí ha nacido y aquí se ha educado; es hija de un padre á quien ha perseguido la desgracia, pero que siempre fué... ¡hem!... un cumplido caballero; pobre sí, mas... siempre altivo y orgulloso. Sucede con frecuencia... ¡hem!... que mis admiradores personales expresan el deseo de reconocer mi posición semi-oficial, ofreciéndome varios pequeños donativos, que son como un testimonio pecuniario, á fin de recompensar mis esfuerzos para mantener el buen nombre... ¡hem!... de la comunidad. Debo declarar ante todo que no creo comprometer con esto mi posición de caballero... no... de ningún modo... ¿Sería yo un mendigo?... No, rechazo semejante injuria; pero al mismo tiempo, lejos de mí ofender los nobles sentimientos que animan á mis generosos amigos. En nombre de mi hija hago esta declaración sin el menor escúpulo, dejando á salvo mi dignidad personal. Señores y señoras, Dios les bendiga.

Al pronunciar estas últimas palabras, el extremo disgusto manifestado por la señora Merdle, había inducido á los más de los convidados á retirarse á los salones; los pocos curiosos que presenciaban aquella triste escena no tardaron en seguir el ejemplo, y la niña Dórrit y su padre quedaron solos con los criados.

—Querido padre—dijo Amy.—¿No quiere usted acompañarme ahora?

El anciano contestó que no podría nunca subir por la estrecha escalera si Bob no le acompañaba, y preguntó repetidas veces por qué no venía el carcelero. Con la excusa de ir á buscarle, la niña Dórrit consiguió al fin que su padre bajara, cruzando entre el tropel de alegres convidados que llegaban al baile. Amy subió con su padre á un coche y le condujo á su casa.

La ancha escalera de su palacio romano tomó á los ojos de su cerebro enfermo las proporciones de la angosta escalera de la prisión que tantos años ocupara; y opúsose á que nadie se acercase á él, excepto su hija y su hermano Federico. Sin más auxilio, el anciano llegó á su habitación y se acostó. Desde este momento, aquella pobre alma mutilada, sólo pensó en el sitio donde se había destrozado, en la triste prisión de la Mariscalía, olvidando del todo el sueño fugaz que después había endulzado su existencia. Cuando oía resonar pasos en la calle, figurábasele que eran los de los presos que andaban por el patio de la prisión; y cuando se abrían las puertas por la mañana, llamaba con tanta inquietud á Bob, que fué preciso inventar una historia para referirle cómo aquel carcelero, el más bondadoso de todos, había muerto hacía largos años.

El señor Dórrit se había debilitado de tal manera, que ya no podía levantar la mano; mas no por eso dejó de manifestar deseos de proteger á Federico, á quien decía continuamente con acento afable:

—Siéntate, hermano mío; tú estás demasiado débil para permanecer largo tiempo en pie.

Se invitó á la señora General á pasar á la habitación del enfermo; pero éste no la reconoció; muy lejos de ello, su presencia le sugirió una sospecha injuriosa: acusó á esta distinguida dama de haber querido suplantar á aquella señora Baugham, la recadera de la prisión, y de entregarse á la bebida, dirigiéndole con este motivo tan duras reprensiones, é

insistiendo de tal modo porque Amy rogase al Director que la echase á la calle, que la viuda del intendente no volvió á presentarse más.

El señor Dórrit preguntó sólo una vez si Tip estaba libre; pero después de esto, el recuerdo de sus hijos pareció borrarse de su memoria, excepto Amy, la pobre niña que tanto hiciera por él, y á quien tan mal había recompensado más tarde. El anciano creía estar en la antigua prisión de la Mariscalía, pensando que su hija desempeñaba entonces las mismas funciones que en otro tiempo; á cada instante la necesitaba, y no sabía volverse de un lado á otro sin su auxilio; llegaba algunas veces á decir que no sentía lo que había sufrido por ella. En cuanto á la niña Dórrit, siempre apoyada en el lecho, tenía continuamente el rostro junto al de su padre, y hubiera dado su vida por salvar al pobre anciano.

A los dos ó tres días, durante los cuales el enfermo se había debilitado cada vez más sin padecimiento alguno, Amy pudo observar que el tic-tac de su reloj, magnífica alhaja de gran valor, le molestaba mucho, y desde entonces no volvió á darle cuerda; pero esto no bastó para calmar la inquietud del anciano. No era esto lo que él quería, y á duras penas hizo entender por fin que deseaba obtener dinero, empeñando el reloj. Cuando la niña Dórrit fingió que se lo llevaba con este objeto, el anciano tomó con más gusto que antes algunos sorbos de vino y varias cucharadas de gelatina.

La prueba de que esto era lo que deseaba es que al día siguiente entregó á su hija con el mismo objeto sus gemelos de oro y sus anillos: experimentaba una singular satisfacción al confiarle estas comisiones, creyendo al parecer que adoptaba con esto sabias medidas de previsión. Cuando hubo dispuesto de sus alhajas, ó por lo menos de las que veía, tocóle el turno á la ropa que le llamaba la atención; y es muy probable que su existencia se prolongara algunos días por el placer que experimentaba al ver que se llevaban sus prendas una tras otra á una casa de préstamos imaginaria.

La niña Dórrit pasó así diez días, recostada en el lecho del enfermo y apoyando la cabeza en la misma almohada, tan rendida de cansancio algunas veces, que se dormía también; pero despertábase á intervalos, para recordar, vertiendo abundantes lágrimas, qué rostro era aquel que tocaba el suyo; para ver cómo se extendía poco á poco sobre las facciones

de su querido padre una sombra más densa que la de los muros de la Mariscalía.

Poco á poco borráronse hasta las últimas líneas del soberbio castillo en el aire que el señor Dórrit erigía con tanto afán; poco á poco las arrugadas facciones del enfermo comenzaron á quedar más tersas, poco á poco desapareció también de su mente la imagen de los barrotes de la prisión y de las puntas que coronaban los muros; poco á poco, su fisonomía rejuvenecida por su próximo fin, se pareció más que nunca, bajo sus blancos cabellos, á la de la niña Dórrit; y al fin el anciano quedó sumido en el sueño eterno de la muerte.

El pobre Federico estuvo á punto de perder el conocimiento al ver la muerte de su hermano.

—¡Oh querido Guillermo, querido Guillermo!—exclamó con acento desgarrador.—¡Cómo has podido marcharte sin mí, antes que yo! ¡Morir el primero, tú, tan superior, tan distinguido, tan noble; dejarme aquí solo, á mí, pobre infeliz que no sirve para nada, y cuya muerte no hubiera causado sentimiento á nadie!

En el primer momento consoló mucho á la niña Dórrit tener alguien á quien consolar.

—Querido tío—dijo al anciano,—no se desespere usted así, ni me desespere.

El pobre Federico no fué sordo á estas últimas palabras, é hizo lo posible por no aumentar el dolor de su sobrina; no pensaba en sí mismo; pero veneraba á la niña Dórrit con toda la fuerza que conservaba su corazón, largo tiempo hacía sepultado en el dolor, y que sólo debía palpar para romperse del todo.

—¡Oh Dios mío!—exclamó antes de salir de la sala mortuoria, juntando sus manos arrugadas y extendiéndolas sobre la cabeza de Amy,—¡oh Dios mío! bien veis esta hija de mi difunto hermano: ¡todo lo que sólo yo entreví con mis ojos de ciego pecador, vos lo habéis visto claramente en el esplendor de vuestra sabiduría! ¡No permitiréis que caiga un solo cabello de su cabeza; yo sé que la ampararéis hasta su última hora, y también que la recompensaréis en la eternidad!

Hasta cerca de media noche, los dos permanecieron tristes y silenciosos en una oscura habitación contigua á la sala mortuoria. De vez en cuando, el pobre Federico buscaba algún consuelo dando rienda suelta á su dolor; pero prescindiendo de que su debilidad no podía resistir semejantes exploro-

siones, no había olvidado las palabras de su sobrina: «no me desespere usted;» y por lo mismo procuraba calmarse al punto. Se contentó con repetir entre sollozos que su hermano se había ido solo; que juntos habían empezado á vivir; que la desgracia no los separó nunca; que habían estado unidos durante sus largos años de pobreza; y que habían vivido bajo el mismo techo hasta aquel instante fatal.

El tío Federico y su sobrina se retiraron al fin cansados y abatidos. Amy no quiso separarse del anciano hasta dejarle en su habitación, donde se echó en la cama vestido; su sobrina le arropó con una colcha, y retirándose á su vez, sobrecojióla muy pronto un profundo sueño, el sueño hijo del cansancio, en el que parece experimentarse aun en tales casos, el sentimiento confuso de una gran aflicción.

Aquella noche era de luna, pero el astro melancólico se dejó ver tarde: cuando hubo alcanzado cierta altura en el tranquilo firmamento, alumbró á través de las persianas entreabiertas la triste habitación donde acababan de tener su fin todas las miserias y vanidades de una existencia agitada.

Dos seres reposaban tranquilamente en aquella sala... dos seres igualmente inmóviles é impassibles, separados en aquel momento por un abismo infranqueable de todo lo que se agita y vive en esta tierra, que debía sin embargo reclamarlos bien pronto.

El uno yacía tendido en su lecho; el otro, de rodillas junto á la cabecera, estaba inclinado sobre el primero, con los brazos extendidos sin rigidez sobre la colcha, y la cabeza colocada de modo que los labios tocaban la mano sobre que habían exhalado el postrer aliento. Los dos ancianos estaban ante el Padre Eterno, muy por encima de los juicios crepusculares de este mundo; muy por encima de las brumas y de las obscuridades terrestres.



CAPITULO XX

Que sirve de introducción al siguiente

Arturo Clennam, que había salido de Londres con dirección á Calais, donde le era preciso evacuar cierta diligencia, acababa de desembarcar de uno de los vapores que prestan el servicio entre ambos puntos, y después de pasar por todas las molestias que deben sufrir los viajeros en su poco agradable peregrinación á lo largo del muelle de madera, donde todos los vagabundos franceses y los refugiados ingleses de la ciudad los acosan y entorpecen su marcha, dirigióse á buen paso á la ciudad en busca de cierta calle y cierto número que estaban grabados en su memoria.